

## Karol Wojtyła, el Papa-Filósofo

Jesús Villagrasa\*

Profesor de Metafísica en el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, Roma

**D**e Karol Józef Wojtyła abundan las biografías y estudios. Conocemos su rica personalidad como hombre, cristiano, sacerdote y pontífice ejemplar. Sobresale en múltiples dimensiones de su persona: como místico, literato, hombre de gobierno, pastor, comunicador, teólogo... En un lugar relevante habría que mencionar su condición de filósofo. Paul Johnson, dos días después de su muerte, publicó en *The Wall Street Journal* un artículo titulado *El Papa Filósofo (The Philosopher-Pope, 4-IV-2005)*.

Karol Wojtyła, cumplidos los 18 años y terminados los estudios de enseñanza media en la escuela Marcin Wadowita de Wadowice, se matriculó en 1938 en la Universidad Jagellónica de Cracovia y en una escuela de teatro. Cuando las fuerzas de ocupación nazi cerraron la universidad, en 1939, el joven Karol tuvo que trabajar en una cantera y, luego, en la fábrica química *Solvay*, para ganarse la vida y evitar la deportación a Alemania. «Después de la muerte de mi padre – dirá Juan Pablo II – ocurrida en febrero de 1941, poco a poco fui tomando conciencia de mi verdadero camino. Yo trabajaba en la fábrica y, en la medida en que lo permitía el terror de la ocupación, cultivaba mi afición a las letras y al arte dramático. Mi vocación sacerdotal tomó cuerpo en medio de todo esto, como un hecho interior de una transparencia indiscutible y absoluta. Al año siguiente, en otoño, sabía que había sido llamado. Veía claramente lo que debía abandonar y el objetivo que debía alcanzar sin volver la vista atrás. Sería sacerdote»<sup>1</sup>. A partir de 1942, para seguir la vocación al sacerdocio, estudió en el seminario clandestino de Cracovia, dirigido por el Cardenal Adam Stefan Sapieha.

A los veintitrés años, Wojtyła se enfrenta por primera vez al estudio de la filosofía a través de un texto de metafísica escrito por un miembro de la escuela tomista-trascendental de Lovaina: Kazimierz Wais (1865-1934)<sup>2</sup>. Wojtyła

---

\* El texto actualiza un extracto de su artículo *In memoriam*. Karol Wojtyła y Antonio Millán-Puelles, filósofos (*Ecclesia* 19 (2005) 157-179).

<sup>1</sup> AA. VV. *Del temor a la esperanza*, Solviga 1993, 34.

<sup>2</sup> K. WAIS, *Ontologija czyli Metafizyczna ogólna*, Biblioteka Religijna, Lwów 1926.

ha descrito el choque que, como literato, experimentó ante las fórmulas ásperas, densas y abstractas de la neoescolástica. «Tras un par de meses abriéndome paso a través de esa vegetación llegaría a un claro, al descubrimiento de las profundas razones por las que hasta entonces había tan solo vivido y sentido. . . . Lo que la intuición y la sensibilidad me había ilustrado hasta entonces acerca del mundo encontró sólida confirmación»<sup>3</sup>. En un encuentro con estudiantes romanos que abarrotaban el aula Pablo VI, en el mes de marzo de 2003, hablando sin papeles, Juan Pablo II recordó que mientras trabajaba como obrero había estudiado la metafísica, por su cuenta, sin profesores, y que trataba de entender esas categorías, y que al final logró entenderlas. Y concluyó: «he constatado que esta metafísica, esta filosofía cristiana, me da una nueva visión del mundo, una más profunda penetración de la realidad. Antes tenía estudios más bien humanistas, ligados a la literatura y a la lengua, y aquí, con esta metafísica y con la filosofía en general, he encontrado la clave para una comprensión y penetración intelectual del mundo más profunda y, diría, última».

Tras la segunda guerra mundial, continuó sus estudios en el seminario mayor de Cracovia, nuevamente abierto, y en la Facultad de Teología de la Universidad Jagellónica, hasta su ordenación sacerdotal en Cracovia el 1 de noviembre de 1946. Seguidamente, fue enviado por el Cardenal Sapieha a Roma, donde, bajo la dirección del dominico francés Garrigou-Lagrange, se doctoró en 1948 en teología, con una tesis sobre la fe en las obras de San Juan de la Cruz (*Doctrina de fide apud Sanctum Ioannem a Cruce*)<sup>4</sup>. En este periodo profundizó su conocimiento del tomismo. Más tarde, hacia el año 1956, gracias a Stefan Swiezawski, Wojtyła se acercará más a las obras de Étienne Gilson y Jacques Maritain y entrará en relación con el así llamado tomismo existencial<sup>5</sup>. Wojtyła nunca asumirá como propias las tesis clásicas del tomismo lovainense, que conoció desde sus lecturas iniciales de Wais; pero la preocupación por encontrar una vía que permita conciliar la filosofía del ser con la filosofía de la conciencia marcará su itinerario intelectual.

En 1948 volvió a Polonia y fue vicario en diversas parroquias de Cracovia y capellán de los universitarios hasta 1951, fecha en que reanudó sus estudios filosóficos y teológicos. En 1953 presentó en la Universidad Católica de Lublin

<sup>3</sup> A. FROSSARD - JUAN PABLO II, *iNo tengáis miedo*, citado en G. WEIGEL, *Biografía de Juan Pablo II. Testigo de Esperanza*, Plaza y Janés, Barcelona 1999, 107.

<sup>4</sup> K. WOJTYŁA, *La fe en San Juan de la Cruz*, BAC, Madrid 1979.

<sup>5</sup> En su tesis de doctorado en teología ya cita la obra de J. MARITAIN, *Distinguer pour unir ou les degrés du savoir*, DDB, Paris 1946.

una tesis titulada *Valoración de la posibilidad de fundar una ética católica sobre la base del sistema ético de Max Scheler*<sup>6</sup>. Después pasó a ser profesor de Teología Moral y Ética Social en el seminario mayor de Cracovia y en la facultad teológica de Lublin. El 4 de julio de 1958, el Papa Pío XII lo nombró Obispo auxiliar de Cracovia. En la homilía del funeral del Papa Juan Pablo II, el Cardenal Ratzinger recordó este momento: «Dejar la enseñanza académica, alejarse de esta estimulante comunión con los jóvenes, abandonar el grande empeño intelectual por conocer e interpretar el misterio de la criatura llamada hombre, para hacer presente en el mundo de hoy la interpretación cristiana de nuestro ser: todo esto debía parecerle como un perderse a sí mismo, perder precisamente cuanto había llegado a ser la identidad humana de ese joven sacerdote. ¡Sígueme! Karol Wojtyła aceptó, percibiendo en la llamada de la Iglesia la voz de Cristo»<sup>7</sup>.

El 13 de enero de 1964 fue nombrado Arzobispo de Cracovia por Pablo VI, quien le hizo cardenal el 26 de junio de 1967. El 16 de octubre de 1978 inició el sumo pontificado con el nombre de Juan Pablo II.

Desde que reanudó sus estudios de filosofía en 1951, K. Wojtyła se esfuerza por comprender la subjetividad desde la metafísica del ser. Para ello realiza una doble asimilación y revisión crítica: por un lado, a los treinta y tres años de edad, en su tesis doctoral de filosofía, revisa los logros y los límites temáticos y metodológicos de la filosofía moral de Max Scheler. Por otro, de los treinta y cuatro a los cuarenta años reconoce explícitamente en diversos ensayos el valor de la metafísica tomista, a la vez que señala eventuales límites debidos a su marcado enfoque cosmológico y objetivista. Rocco Buttiglione, en su obra *El pensamiento de Karol Wojtyła*<sup>8</sup> desarrolla un profundo y denso análisis de las obras filosóficas de K. Wojtyła desde el punto de vista de la asimilación crítica de la fenomenología scheleriana y del tomismo, que no es el caso exponer ahora. El capítulo tercero de esta obra está dedicado a la formación filosófica de K. Wojtyła y el octavo confronta su pensamiento con las filosofías contemporáneas, en particular con la fenomenología, el existencialismo y la nueva filosofía de la praxis. Los capítulos cuarto y quinto presentan las dos obras filosóficas mayores de Wojtyła. En ambas, la fenomenología y el tomismo, críticamente asimilados, dan a luz dos estudios originales: *Amor y*

<sup>6</sup> Edición española: *Max Scheler y la ética cristiana*, BAC, Madrid 1982.

<sup>7</sup> *L'Osservatore Romano*, ed. española, 15-IV-2005, p. 24.

<sup>8</sup> Encuentro, Madrid 1992; traducción del original italiano: *Il pensiero di Karol Wojtyła*, Jaca Book, Milano 1982.

*responsabilidad*<sup>9</sup> sobre el lenguaje del cuerpo, la sexualidad y el matrimonio, y *Persona y acción*<sup>10</sup>.

El tema que absorbe la atención de K. Wojtyła, desde que era profesor en la Universidad de Lublin, es la acción humana. Busca una ontología del espíritu que sirva de fundamento a la ética en una situación histórica en la que los cimientos de la moral clásica comienzan a resquebrajarse tras el derrumbe de casi todas las esperanzas puestas en la modernidad ilustrada. *Persona y acción* y *Amor y responsabilidad* son libros complementarios en este proyecto. En ellos, Wojtyła muestra las mutuas ventajas especulativas y prácticas que pueden depararse la fenomenología y una teoría de la acción de cuño aristotélico. De esas ventajas se ha beneficiado el magisterio del futuro Papa.

En reconocimiento al valor filósofo de quien llegó a ser Juan Pablo II, buena parte de la obra filosófica de K. Wojtyła fue publicada en un grueso volumen el año 2003<sup>11</sup>. No ha pasado desapercibido a los estudiosos el aporte filosófico de Juan Pablo II<sup>12</sup>.

En sus obras, Wojtyła se dice deudor, por una parte, de la metafísica, la antropología y la ética aristotélico-tomistas y, por otra, de la fenomenología, sobre todo en la interpretación realista de M. Scheler y, más en particular, del polaco Roman Ingarden. La atención de su filosofía y sus análisis más profundos están dirigidos sobre todo al hombre como sujeto inteligente y libre. La subjetividad del hombre emerge en el hecho de que cada persona se experimenta como responsable de las propias acciones. Es más, el acto revela al hombre como persona, es decir, como sujeto no reducible al mundo de los objetos. Wojtyła no parte del concepto metafísico de persona para deducir de él los actos correspondientes, sino que llega a la persona a través del análisis de sus actos. El acto más importante del que el hombre se experimenta responsable es el amor. En su aspecto físico y, sobre todo, espiritual, el amor salva al sujeto de ser sólo una *res cogitans* y abre al hombre a la participación

<sup>9</sup> Plaza & Janés, Barcelona 1996, original polaco de 1960.

<sup>10</sup> BAC, Madrid 1982, original polaco de 1969. Las traducciones al inglés y al castellano contienen graves distorsiones, algunas deliberadamente introducidas por la editora. La edición crítica confiable es reciente: K. WOJTYŁA, *Persona e atto. Testo polacco a fronte*, a cura di G. Reale e Tadeusz Styczen, Rusconi Libri, Santarcangelo di Romagna 1999.

<sup>11</sup> K. WOJTYŁA, *Metafisica della persona. Tutte le opere filosofiche e saggi integrativi*, Bompiani, Milano 2003.

<sup>12</sup> Además de los estudios de R. Buttiglione ya citados, cf. R. GUERRA LÓPEZ, «El aporte filosófico de Juan Pablo II», *Aquinas. Rivista Internazionale di Filosofia* 47 (2004) 457-466; IDEM., *Volver a la persona. El método filosófico de Karol Wojtyła*, Caparrós, Madrid 2002.

con los otros y con la trascendencia divina. T. Styczen, en la presentación del volumen *Metafisica della persona*, expresa en una breve fórmula cómo ve a Wojtyła: el filósofo de la libertad al servicio del amor (p. cxxiv).

En el estudio introductorio al mismo libro, Giovanni Reale distingue tres paradigmas metafísicos clásicos: el henológico – metafísica del uno – desarrollado en el pensamiento griego; el ontológico – metafísica del ser – que tiene su cumbre en Aristóteles, no se ha desarrollado en Grecia y ha renacido con la filosofía árabe y con la escolástica medieval; y por fin, el de la metafísica de la persona surgida en el ámbito del pensamiento cristiano. La metafísica de Wojtyła pertenecería a este tercer paradigma: por ello, los editores han titulado el volumen que contiene la obra filosófica de K. Wojtyła: *Metafisica della persona*. Esta distinción es legítima con la condición de que los paradigmas no sean contrapuestos como incompatibles. De hecho, parece más atinada la hipótesis formulada por el profesor Rocco Buttiglione en la presentación de ese volumen en la Sala de prensa vaticana (13-X-2003): «Todo la filosofía de Wojtyła se juega sobre una hipótesis: ¿y si la filosofía del sujeto no tuviera que ser contrapuesta sino más bien reconciliada y unida a la filosofía del ser?». La respuesta positiva parece sugerirla el itinerario filosófico de Wojtyła.

En un texto escrito en 1975 (publicado en la revista italiana «Il Nuovo Areopago», 1978) con el título *La soggettività e l'irriducibile nell'uomo*, K. Wojtyła señala algo que puede sintetizar en cierta medida el estado de sus indagaciones filosóficas previas a su elección papal. Para Wojtyła la contraposición entre subjetivismo y objetivismo, entre idealismo y realismo, debe ser suavizada en la actualidad, pues puede encontrar una salida gracias al análisis de algunos datos que ofrece la experiencia real del ser humano: «La antinomia subjetivismo-objetivismo y lo que se esconde detrás del idealismo-realismo creaban un clima poco propicio a los intentos que iban dirigidos a ocuparse de la subjetividad del hombre. Se temía que eso llevase inevitablemente al subjetivismo. [...] Quien escribe esto está convencido de que la línea de demarcación entre la aproximación subjetiva (de modo idealista) y la objetiva (realista), en antropología y en ética debe ir desapareciendo y de hecho se está anulando a consecuencia del concepto de experiencia del hombre que necesariamente nos hace salir de la conciencia pura como sujeto pensado y fundado a priori y nos introduce en la existencia concretísima del hombre, en la realidad del sujeto consciente»<sup>13</sup>.

<sup>13</sup> K. WOJTYŁA, «La subjetividad y lo irreducible en el hombre», en *El hombre y su destino*, Palabra, Madrid 1998, pp. 25-26. K. Wojtyła es plenamente consciente de la trascendencia

Wojtyła está convencido de que una auténtica filosofía de la conciencia tiene que reconocer, en su mismo dinamismo, la exigencia objetiva y trascendente de lo real. Por su parte, una auténtica filosofía del ser tiene que reconocer que la subjetividad es, además de un dato objetivo, el lugar de revelación del ente, y que la persona es el ente eminente, *lo más perfecto en toda la naturaleza*<sup>14</sup>.

Algunas convicciones y «novedades» filosóficas de K. Wojtyła parecen reflejarse en el Magisterio de este Papa. No sería extraño en quien ha reconocido que la filosofía cristiana, sin ser la filosofía oficial de la Iglesia, se desarrolla en unión vital con la fe<sup>15</sup>. R. Guerra, en su artículo «El aporte filosófico de Juan Pablo II», señala algunas contribuciones filosóficas en el Magisterio de Juan Pablo II, derivadas del enfoque personalista y fenomenológico de K. Wojtyła.

La primera es *la persona como sujeto comunional*. K. Wojtyła envió en 1972 a Tadeusz Styczen un ensayo de 74 páginas que lleva por título *La persona: sujeto y comunidad* y que fue concebido por el autor como «continuación ética de *Persona y acción*» – en particular del último capítulo – para ser realizada en colaboración con Styczen, su sucesor en la cátedra de filosofía moral<sup>16</sup>. En este ensayo, elabora una teoría de la relación interpersonal que supera la intersubjetividad monadológica de la quinta meditación cartesiana de Husserl y se coloca en la tradición del pensamiento dialógico de Martin Buber y Emmanuel Levinas. La idea de que la persona es un sujeto relacional llamado a la entrega sincera a los demás reaparece y se intensifica en las catequesis sobre el amor humano, pronunciadas por Juan Pablo II en los primeros años de su pontificado<sup>17</sup>. Dios crea al hombre, como varón y mujer,

política y cultural que ha tenido la revolución filosófica provocada por Descartes, cf. JUAN PABLO II, *Memoria e identidad*, La esfera de los libros 2005, cap. 2: «Ideologías del mal».

<sup>14</sup> TOMÁS DE AQUINO, *Sum. Theol.*, I, q. 29, a. 3.

<sup>15</sup> La noción de *filosofía cristiana* «no debe ser mal interpretada: con ella no se pretende aludir a una filosofía oficial de la Iglesia, puesto que la fe como tal no es una filosofía. Con este apelativo se quiere indicar más bien un modo de filosofar cristiano, una especulación filosófica concebida en unión vital con la fe. No se hace referencia simplemente, pues, a una filosofía hecha por filósofos cristianos, que en su investigación no han querido contradecir su fe. Hablando de filosofía cristiana se pretende abarcar todos los progresos importantes del pensamiento filosófico que no se hubieran realizado sin la aportación, directa o indirecta, de la fe cristiana» (JUAN PABLO II, *Fides et ratio*, n. 76).

<sup>16</sup> K. WOJTYŁA, «La persona: sujeto y comunidad, en *El hombre y su destino*», Palabra, Madrid 1998, pp. 41-109.

<sup>17</sup> GIOVANNI PAOLO II, *Uomo e donna lo creò. Catechesi sull' amore umano*, Città Nuova Editrice-Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1992.

para que el hombre no esté solo. La imagen y semejanza del hombre con Dios radica también en su carácter relacional. El Papa vuelve sobre esta idea en la carta apostólica *Mulieris dignitatem* (1988): el fundamento de la imagen y semejanza con Dios consiste, por una parte, en que cada hombre, como criatura racional y libre, es capaz de conocerlo y amarlo y, por otra, dado que el hombre no puede existir solo (cf. *Gén* 2, 18), sino como unidad de los dos, la imagen divina se da en la constitutiva relacionalidad de las personas: «Ser persona a imagen y semejanza de Dios comporta también existir en relación al otro yo» (n. 7). Juan Pablo II dice en la *Carta a las mujeres* (1995) n. 8, que el ser humano ha sido creado como «unidad de los dos, o sea una unidud relacional».

Una segunda aportación es *la subjetividad de la persona, del trabajo y de la sociedad*. En una conferencia titulada *El problema del constituirse de la cultura a través de la «praxis» humana*<sup>18</sup>, pronunciada el año 1977 en la Universidad Católica de Milán, K. Wojtyła expone la prioridad del hombre, en cuanto sujeto, sobre su acciones. Además, la acción humana es el camino para comprender qué significa ser persona y para la realización de la persona: el hombre se realiza a sí mismo a través de la acción. Esta comprensión del hombre y de su obrar será una propuesta esencial de la encíclica papal *Laborum excercens* (1981); en ella, afirma la prioridad del trabajo sobre el capital y la prioridad de la dimensión subjetiva del trabajo sobre la objetiva (cf. n. 6). La persona se construye a sí misma también cuando construye el mundo, mediante el trabajo. Además, la persona actúa con otros. La sociedad posee, por tanto, una «subjetividad» cuando esta acción humana solidaria se establece de modo estable en una comunidad. El tema de la «subjetividad social» es clave para comprender las encíclicas *Solicitudo rei socialis* (1987) y *Centesimus annus* (1991) en las que se afirma que el Estado, la democracia y el mercado sólo están a la altura de la dignidad humana cuando favorecen la subjetividad personal y social.

La tercera contribución es *la norma personalista de la acción*. En su obra *Amor y responsabilidad*, K. Wojtyła relee la segunda formulación del imperativo categórico kantiano. A ella vuelve a referirse en el capítulo 7 de su último libro, *Memoria e identidad* (La esfera de los libros, 2005): «Actúa de tal modo que trates la humanidad, tanto en tu persona como en la de cualquier otro, siempre como un fin y nunca sólo como un medio». Su condición de fin expresa la «dignidad» de la persona, la cual es el fundamento y origen

<sup>18</sup> Publicada en K. WOJTYŁA, *El hombre y su destino*, 187-203.

de la norma más importante y primaria de todas: *¡Hay que afirmar a la persona por sí misma y nunca usarla como medio!* K. Wojtyła denomina a este imperativo moral: norma personalista de la acción. Esta norma campea explícita en toda la encíclica *Veritatis splendor* (1993). «Es a la luz de la dignidad de la persona humana – que debe afirmarse por sí misma – como la razón descubre el valor moral específico de algunos bienes a los que la persona se siente naturalmente inclinada. Y desde el momento en que la persona humana no puede reducirse a una libertad que se autoproyecta, sino que comporta una determinada estructura espiritual y corpórea, la exigencia moral originaria de amar y respetar a la persona como fin y nunca como un simple medio, implica también, intrínsecamente, el respeto de algunos bienes fundamentales, sin el cual se caería en el relativismo y en el arbitrio» (*Veritatis splendor* n. 48). El fundamento de la moral no es un código normativo heterónomo, ni una exposición teórica de «valores», sino la dignidad de la persona. El fundamento de la moral cristiana es el encuentro con una persona. El encuentro del joven rico con Jesús es, en *Veritatis splendor*, el icono del fundamento personalista de la moral cristiana.

Además de los originales contenidos filosóficos, K. Wojtyła hace una aportación indirecta a la filosofía no menos relevante: su actitud de apertura crítica a la modernidad basada en la convicción de que la verdad, díjala quien la diga, procede del Espíritu Santo<sup>19</sup>.

Al Papa no le incomoda referirse, incluso en documentos magisteriales, a autores tan variados como: Carl Gustav Jung, Rudolf Otto, Paul Ricoeur, C.S. Lewis o Max Scheler. Todos ellos son mencionados en las catequesis sobre el amor humano. En la encíclica *Fides et ratio*, reconoce el aporte de autores en otro tiempo cuestionados o ignorados por ciertos círculos católicos: John Henry Newman, Antonio Rosmini, Jacques Maritain, Étienne Gilson, Edith Stein, Vladimir S. Soloviov, Pavel A. Florenskij, Petr J. Caadaev, Vladimir N. Losskij (n. 74). En su libro *Cruzando el umbral de la esperanza* (Plaza & Janés, Barcelona 1994, 56) el Papa reconoce los méritos de Martin Buber y Emmanuel Levinas, y su deuda hacia Kant (cf. pp. 198-199). Ha elogiado a Maurice Blondel<sup>20</sup> y a Paul Ricoeur<sup>21</sup> por su contribución al diálogo entre la

<sup>19</sup> «Omne verum a quocumque dicatur a Spiritu Sancto est» (TOMÁS DE AQUINO, *Sum. Theol.*, I-II, q. 109, a. 1 ad 1; citado en *Fides et ratio*, n. 44).

<sup>20</sup> JUAN PABLO II, *Carta a Mons. Panafieu, Arzobispo de Aix, con ocasión del centenario de «L'Action»*, en *L'Observatore Romano*, 12 de marzo de 1993.

<sup>21</sup> JUAN PABLO II, *Discurso para la entrega del Premio Internacional «Pablo VI»*, 5 de julio 2003.

fe y la razón. La lectura analítica, crítica y diferenciada de la modernidad, basada en un auténtico amor a la verdad, distingue a K. Wojtyła de aquellos filósofos cristianos que con pretensión apologético-defensiva han descalificado en bloque la filosofía moderna y contemporánea como inmanentista y contraria al orden del ser establecido por Dios.

Juan Pablo II ha sido, hasta el final de su vida, un verdadero *filósofo*. Su libro *Memoria e identidad* es la reelaboración de unas conversaciones mantenidas en 1993, en Castel Gandolfo, con los filósofos polacos Józef Tischner y Krzysztof Michalski. En esta obra, reflexiona, también como filósofo, sobre el problema del mal, el ejercicio de la libertad humana y la historia de Europa. Para afrontar la cuestión de la coexistencia del bien y el mal, Juan Pablo II acude a un principio formulado por san Agustín de Hipona y desarrollado más tarde por santo Tomás de Aquino, a quien cita expresamente: la primacía ontológica y cronológica del bien. Al inicio de la historia está el bien, que Dios busca y promueve. El mal surge como rechazo, por parte del hombre, de la iniciativa divina. Dios no permite que el mal prevalezca, pues Dios «ha puesto límites al mal». Dios permite el mal, porque respeta la libertad humana – también la libertad para apartarse de Él –, pero no permite que triunfe totalmente. Los límites que Dios ha impuesto al mal se fundan en la creación y en la redención. La creación, como obra divina, es radicalmente buena. El pecado humano puede dañarla, pero no corromperla por entero. En la mente y en el corazón humanos permanecen siempre, aunque en ocasiones velados y oscurecidos por el propio pecado o por ideologías destructoras, una capacidad de verdad y de bien que siempre pueden brotar. Por la redención, Dios ha vencido al pecado y ha otorgado al hombre una nueva y más potente capacidad de bien. Con ella puede perdonar y vencer el mal con la fuerza del bien.

En esta misma obra, el Papa reconoce las luces y sombras de la modernidad. Advierte en la Ilustración del siglo XVIII (francesa, inglesa, alemana, ya atea, ya deísta, ya agnóstica) la pretensión de separar a la modernidad de Dios, de Cristo y de la Iglesia. Reconoce al Siglo de las Luces sus frutos positivos, que pueden resumirse en los tres grandes ideales de libertad, igualdad y fraternidad, en la afirmación de los derechos de los individuos y de los pueblos, en la preocupación por la justicia social, la universalización de las relaciones humanas, la democracia. La paradoja y el drama de la modernidad consiste en que estos valores, aun siendo de raíz cristiana, han sido esgrimidos contra Cristo, y en que sus realizaciones concretas – como la revolución francesa y la soviética – han actuado a menudo en contra de los mismos valores que proclamaban. El Papa no niega los estímulos favorables a la justicia

que esas revoluciones han podido promover, pero lamenta en ellas la sombra de la negación de Dios, y el consiguiente derrumbe de los valores morales: cuando el hombre por sí solo, sin Dios, pretende decidir qué es bueno y qué es malo, llega incluso a destruir al hombre, a disponer que un determinado grupo de seres humanos sea aniquilado.

K. Wojtyła no es un «vano intelectual» preocupado sólo por la erudición, al margen de la vida de las personas reales. K. Wojtyła es un verdadero filósofo. Le interesa la realidad y ante todo la persona. «La perfección del hombre – dice en su encíclica *Fides et Ratio* – no está en la mera adquisición del conocimiento abstracto de la verdad, sino que consiste también en una relación viva de entrega y fidelidad hacia el otro. En esta fidelidad que sabe darse, el hombre encuentra plena certeza y seguridad» (n. 32). La persona se realiza principalmente en la entrega sincera de sí a los demás. La filosofía del Papa parece resolverse en el contenido de esta sencilla y profunda tesis. Su filosofía ha sido una meditación de lo único necesario, un auténtico retorno a lo esencial. Su vida ha sido eso, el don sincero de sí a Dios que lo llamó al sacerdocio y a los hombres a cuyo servicio fue llamado.

Karol Wojtyła, además de filósofo en sentido moderno, ha sido un filósofo en el sentido cristiano antiguo: para Clemente de Alejandría el verdadero filósofo era el cristiano porque vive conforme al Logos divino y porque la fe es el fundamento y el perfeccionamiento de la verdadera filosofía<sup>22</sup>. En ambos sentidos, Karol Wojtyła fue un gran filósofo, el Papa-Filósofo.

<sup>22</sup> CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Strom.* I, cc. 2-9; con el término «filosofía» entiende todo lo que en las diversas doctrinas (estóica, platónica, epicúrea, aristotélica) se dice con verdad (*Strom.* I,7; PG 8.732D-733A). Dado que la verdad es captada en su totalidad sólo por el cristianismo, «conviene que las semillas de la verdad queden bajo la custodia de los cultivadores de la fe» (*Strom.* I,1,18). Para Gregorio Nacianceno, Juan Crisóstomo y Evagrio Pontico el verdadero filósofo era el monje: cf. P. HADOT, *Esercizi spirituali e filosofia antica*, Einaudi, Torino 1988, 73.